

Reconstruir el tejido cultural

Juan Carlos Abril

Hay que saludar esta reciente edición facsimilar como uno de los acontecimientos editoriales más felices de la temporada, y muchas son las razones que sitúan a este volumen –ya imprescindible– entre las referencias más destacadas del pasado año, y casi con seguridad también de este 2008. Sin duda que las más selectas bibliotecas harán un esfuerzo para conseguir un ejemplar, que es a su vez varios ejemplares, pues recoge en un *pack* bímembre los nueve números publicados entre 1926 y 1929 en Málaga, y los tres números editados en 1944 en México. Hay que recordar en este sentido que esta reedición de *Litoral* se engloba en un proyecto –no escrito, no acordado– que al parecer posee un espacio comercial bien definido, pues de lo contrario no se realizaría; un proyecto de recuperación literal, y relectura del pasado, por el cual se están reeditando la mayoría de las revistas literarias importantes –y obviamente agotadas– del siglo XX, que inconscientemente entronca con esa necesidad real construir una auténtica memoria histórica, y por darle a ésta un valor activo, no un mero hablar de oídas escurriendo el bulto. El hecho de que a través de las libertades fundamentales del estado de derecho podamos acudir a los originales de cualquier materia, supone un ejercicio de comprobación tan necesario como legítimo. No en vano los historiadores de cualquier época se esfuerzan por estudiar manuscritos o documentos para encontrar las claves de esa época acotada, aunque también es verdad que existe una lectura ya realizada y previa que va sentando autoridad. En cualquier caso, el rigor científico –en sentido humanístico, con lo que eso tiene de inexacto– nos exige

Julio Neira ed.: *Litoral*, Edición facsimilar (1926-1929, y 1944)), Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2007).

mirar, o al menos intentarlo, de verdad hacia atrás e intentar comprender lo que sucedió en un momento dado, sin tragarnos los bulos, o al menos no tragárnoslos sin deglutir: bulos, montajes, o pactos tácitos sobre una realidad posteriormente acordada y que no suele casar ni concordar con lo que ocurrió. Por eso esta reedición, ineludible para aquellos que quieren consultar *motu proprio* los originales y no pueden, porque no tienen acceso o cualquier otro impedimento, está de sobra justificada. Pero el mimo con que se ha emprendido esta reedición merecería un capítulo aparte, tal y como reza en la «Nota a la edición» de la primera página, que abre todo el volumen:

«El facsímil de las revistas se ha realizado tratando de respetar en lo posible las características de la edición original, para lo que ha sido necesario hacer una fabricación especial de papel Ingres verjurado –que además se ha entintado para conseguir igualar el color– y ha requerido llevar a cabo un laborioso trabajo de manipulación manual, similar al que era habitual en la primera época de *Litoral* pero que hoy en día está en desuso. Las obras de arte, por ejemplo, se reproducen en páginas sueltas impresas sobre un papel estucado, protegidas con papel de seda y pegadas manualmente al lomo. Y los diversos encartes que contienen los números (notas de suscripción, boletines, avisos para los suscriptores...) se han reproducido tratando de igualar los tamaños, papeles y colores originales, y se han embuchado a mano. Por supuesto, el tamaño original de las revistas también se ha respetado, lo que explica que los tres números editados en México midan un centímetro menos.»

Nada más leer esta advertencia preliminar nos empezamos a dar cuenta de qué edición manejamos, meticulosamente editada y mimada, que quiere traernos a nuestras manos de 2007 todo el sabor de las revistas de 1927. ¿Ochenta años no son nada? Llega entonces ese momento en que *Litoral* se convierte en un espejismo del pasado porque aparece con toda la fuerza –más, incluso, por el carácter combinatorio de lo diacrónico y lo sincrónico que representa esta reedición– en nuestra ya avanzada primera década del tercer milenio.

Porque se han realizado esfuerzos en esta edición para que el tacto se convierta también en un sentido básico a la hora de apreciar la diferencia de esta publicación con otras que habitualmente estamos acostumbrados a tratar hoy. Esfuerzos asimismo en el olor: suele ser un sentido que no tenemos demasiado en cuenta cuando manipulamos algún ejemplar raro, pero que evidentemente en una edición de lujo como ésta cobra también singular importancia. Y es que la vista, que es quizá lo más recurrido siempre que analizamos cualquier tipo de publicación de carácter histórico, ya sea reedición o no, podemos asegurar que es el sentido que más rápido se llena cuando se ojean —y se hojean— las primeras páginas de *Litoral*. La tipografía cuidada, la disposición y la composición de la página, con claras reminiscencias de la página en blanco mallarmeana, la alternancia de ilustraciones a modo de postales que jalonan los números, los juegos de colores con las tintas... son modos de hacer que nos enseñan que las revistas poseían un carácter puramente artesanal —y artístico— frente a cualquier otra cláusula comercial que hoy pueda primar. Y todo eso nos lo trae esta reedición. Para aquellos bibliómanos que quieran poseer en sus estanterías un volumen excepcional, ahora existe una oportunidad que sólo consta de 1.500 ejemplares. Teniendo en cuenta que las ediciones originales raramente superaban los 200, podemos decir que se ha superado con creces el interés que podría despertar, ya que nos hallamos ante una recuperación y un ejercicio de arqueología literaria.

Detalles como el tamaño de la revista, que en los tres números de su corta etapa mexicana, poseían un centímetro menos, y cómo se ha compuesto un paquete en una caja con dos secciones a su vez empaquetadas, la de los años veinte primero y la de los cuarenta después, dejando cuidadosamente la mexicana centrada en relación a la malagueña de los años veinte, para que al abrir el volumen en su conjunto no se aprecien apenas diferencias; detalles como éstos, decimos, nos hablan de lo difícil, laborioso y magnífico que supone realizar una reedición como ésta, de lo excepcional de su resultado.

En la citada «Nota a la edición» se concluye diciendo:

«En esta edición limitada, que consta de 1.500 ejemplares numerados, los doce números de *Litoral* se presentan en un

estuche, acompañados de este nuevo tomo que contiene un estudio de introducción escrito por Julio Neira y los correspondientes índices.»

Queda por tanto definitivamente reeditada una de las revistas –quizá la más significativa– míticas del Veintisiete, para que forme parte de muchas bibliotecas públicas que podrán disponer de una auténtica joya bibliográfica. En la «Introducción» (pp. 7-44) de Julio Neira, quien ya se ha ocupado en otras ocasiones de esta revista y que conoce desde todos sus ángulos –especialista de esta época, ha escrito numerosos artículos sobre el período, especialmente sobre el núcleo malagueño en torno a *Litoral*–, se realiza un recorrido por los alrededores de la revista, desde su concepción hasta su definitiva época mexicana. Los avatares, aventuras y desventuras de una revista son ciertamente increíbles. Es toda una empresa. Los quebraderos de cabeza enormes. En el caso de Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, además, hablamos de una revista que estaba pensada ser subvencionada con lo que se consiguiera económicamente de la hoy también mítica Imprenta Sur, que tuvo que dedicarse la mayoría del tiempo a imprimir dietarios, facturas y albaranes, para sufragar tanto la revista como las ediciones de libros. La ruina se cernía sobre la empresa a diario, las deudas y los acreedores. Se podría decir que se movían en una cuerda floja que se destensaba demasiado, tensándose tan débilmente que en pocos años y números, todo se vino al garete. Baste para explicar todo esto que hoy día la mayoría de las revistas son subvencionadas por instituciones públicas o privadas, de otro modo sería imposible sacar adelante este tipo de quimeras, no por lo monstruoso sino por lo fantástico. Pero en el momento en que se viene abajo, ya se había desarrollado una labor indeleble.

«*Litoral* había sido la revista poética más importante de la década de los años veinte y el paso del tiempo no haría sino incrementar su valor, no sólo literario sino también paradigmático de un momento histórico en que el grupo de poetas se había mantenido notablemente cohesionado en torno a una estética bastante compartida, aunque fueran siempre apreciables con matices diferenciales. Por eso cuando tras la brutal